

EGIDO LEÓN, Ángeles (ed.), Republicanos en la memoria. Azaña y los suyos, Madrid, Encida, 2006, 320 pp., ISBN 84-95427-90-7.

Republicanos en la memoria es, ante todo, un intento de reivindicar el lugar histórico que corresponde a un puñado de republicanos que tuvieron conexión directa con el alto proyecto político que encarnó Manuel Azaña en la década de los años treinta. Si en su anterior libro dedicado a la definición del pensamiento de Azaña, *Azaña y los otros*, la profesora Egidio León, coordinadora también de este texto, daba forma a la ideología azañista en oposición a las figuras e instituciones con las que trabajó, pero en las que no siempre encontró coincidencia, en este nuevo trabajo existe la intención de sacar a la luz la obra y la trayectoria de una serie de personalidades muy cercanas ideológicamente al presidente y cuya idea esencial del Estado compartieron. Unos cuantos hombres y una mujer –Margarita Xirgu– que ofrecieron en diversos campos de la vida pública toda su valía para un proyecto en ciernes que no fue sólo de Azaña: fue también el suyo.

La cercanía ideológica con Manuel Azaña de las figuras cuyo análisis protagoniza este libro, a pesar de la independencia de criterio de todos ellos, se concretó en la mayoría de los casos en su pertenencia a Izquierda Republicana. Es este texto, por ello, y a la postre, una reivindicación del papel que jugó en la construcción de la Segunda República el partido de Azaña o sus más allegados ideológicamente, que, dicho sea de paso, no ha sido suficientemente reivindicado por la historiografía reciente. Azaña no fue el único en tener una visión del futuro de nuestra vida política, social y cultural. Compartió un arduo trabajo con una serie de profesionales de todos los ámbitos, políticos, artis-

tas e intelectuales que, en última instancia, practicaron la máxima de la independencia intelectual, encuadrada dentro de su republicanismo de izquierdas.

No todos los personajes que protagonizan este libro son figuras olvidadas. Hay un espacio reservado para los dos presidentes del gobierno que tuvieron que encajar la histórica responsabilidad de finalizar el último período de paz de la República –Santiago Casares Quiroga– y de abordar el comienzo del enfrentamiento bélico que acabaría con ella –José Giral–. En el primero de estos estudios, el referido a Casares Quiroga, la intención de su autor, Ángel Páramo Casas, es considerar el trabajo del presidente desde un punto de vista más ecuánime que el que ha merecido hasta el momento, criticado frecuentemente por su pasividad y su indiferencia ante la gravedad de la situación en los albores de la guerra. El autor repasa la trayectoria profesional de Santiago Casares, desde su formación en la política galleguista hasta su participación en el escenario nacional, donde finalizó su carrera política bajo la acusación de enfrentar con indiferencia y poca diligencia el alzamiento militar, idea que el autor trata de demostrar errónea.

En el caso de la figura de José Giral, menos vituperada por todos los sectores ideológicos, la autora del estudio, Ángeles Egidio, proyecta un enfoque nuevo sobre la visión del personaje a través del análisis de sus memorias, recopiladas y corregidas por su hijo, Francisco Giral, y finalmente editadas por sus nietos. En ellas, el testimonio del propio José Giral y de su familia nos acerca a su papel como un hombre de ciencia que creyó en las posibilidades de la educación para transformar la sociedad. Un hombre de ciencia embarcado en un proyecto político, como muchos de sus correligionarios

republicanos y de izquierda.

Tampoco podemos situar en el terreno del desconocimiento histórico a las figuras de Cipriano de Rivas Cherif y Margarita Xirgu. Los autores que han elaborado el capítulo dedicado al primero —Juan Aguilera y Manuel Aznar— han centrado su análisis en un doble enfoque de su figura: la del hombre de teatro que renovó la escena española, reinterpretando su conocimiento de las vanguardias europeas y adaptándolas a la sensibilidad artística de nuestro país; y la del amigo entrañable del presidente Azaña, estímulo vital fundamental para este último durante prolongados períodos de su vida. Estos dos presupuestos en la trayectoria de Cipriano de Rivas, que confluirán en su asunción de un papel político práctico en tiempos de la guerra civil, ocupando el puesto de cónsul general de España en Ginebra, son el eje fundamental de su compromiso republicano y terminarán costándole la condena a muerte, conmutada finalmente por la cárcel, y el definitivo exilio.

A Margarita Xirgu, emblema del teatro de la República, se dedica un capítulo marcado por la descripción de la fuerza de su carrera dramática y su compromiso —más que político, ligado al terreno de lo personal— con hombres e instituciones republicanas. Disfrutó, según la autora, del nuevo espacio de libertad que le proporcionó la República para su desarrollo artístico. Ya en plena contienda, se convirtió en el baluarte del recuerdo de su amigo Federico García Lorca, profundamente afectada por su muerte. En suma, se trata del recuerdo de un mito del teatro español, a través de su trabajo y su posicionamiento moral al lado de la República.

El compromiso estrictamente político de tres profesionales del Derecho, Ángel

Ossorio y Gallardo, Augusto Barcia Trelles y Emilio Baeza Medina, es analizado en la primera parte del libro con la perspectiva de la reconstrucción de tres carreras bastante desconocidas. La vinculación a lo largo de la vida de Ángel Ossorio con una ideología progresivamente más izquierdista, el matiz intelectual del trabajo de Augusto Barcia para la República, y la vinculación con el republicanismo local malagueño de Emilio Baeza Medina son los ejes de análisis de las biografías de estos políticos e intelectuales que, si bien no ocuparon posiciones centrales, fueron elementos destacados en la configuración política de la Segunda República.

La cercanía ideológica al presidente de personajes con responsabilidades militares está representada por Juan Hernández Saravia, militar profesional de dilatada trayectoria republicana, y Ossorio-Tafall, que partió del republicanismo gallego y ocupó el puesto de comisario general del Ejército de Tierra en plena guerra civil. A pesar de la notable diferencia de formación y trayectoria, ambos personajes, ligados políticamente a Izquierda Republicana, abogaron por la necesidad de la profesionalización y la militarización en el Ejército Popular de la República para conducir el enfrentamiento a buen puerto. Sus posiciones simbolizan aspectos dispares de la concepción militar que se produjo en la guerra civil: la del militar profesional profundamente comprometido con la República, y la del intelectual que asumió la fiscalización política del Ejército. Y a pesar de la innegable contradicción de sus posturas encontradas, existe una coincidencia ideológica en el análisis del papel que ambos atribuían al ejército republicano en guerra.

El trabajo de un penalista mundialmente reconocido, cuya reivindicación en España está aún por llegar, Mariano Ruíz-

Funes, es elegido como ejemplo del desconocimiento causado por el truncamiento del proyecto republicano. El capítulo dedicado a Ruiz-Funes reproduce las vicisitudes a las que sometió el exilio al insigne penalista, y aboga por la defensa de uno de los hombres de más valía intelectual de nuestro panorama político, prácticamente ausente, sin embargo, de nuestras páginas de Historia.

Un último grupo de trabajos, dedicados a la contribución de los hombres de la cultura y del arte, entre los que encontramos a Luis Bello, Juan Peset, José Puche, José María Ots Capdequí, Antonio Espina y Carlos Esplá, muestran el vigor con el que se manifestó el ideario republicano en todas las páginas de la vida pública española. Luis Bello —cuya semblanza es realizada por Agustín Escolano Benito— abrazó un republicanismo que hundía sus raíces en la tradición krausista y regeneracionista y empeñó sus esfuerzos en la consecución de una mejora radical de las instituciones educativas, y de la escuela, en particular, a través de la crítica periodística y asumiendo el programa republicano hasta sus últimas consecuencias; Juan Peset, doctor en Medicina, Ciencias Químicas y Derecho, fue un hombre esencialmente de la universidad. Su incorporación a la vida política fue muy tardía, coincidiendo con la llegada de la República, pero desde sus primeros compromisos políticos hasta su fusilamiento en mayo de 1941, prestó sus vastos conocimientos al proyecto de modernización y transformación de la realidad española. Continúa el texto con el análisis de la aportación de José Puche Álvarez, a quien la autora del capítulo, María Fernanda Mancebo, considera un ejemplo de honestidad republicana. De sus estudios de Medicina y su participación profesional en la vida universitaria valenciana,

donde fue elegido rector tras el triunfo del Frente Popular, pasó a ocupar cargos políticos como la dirección del Instituto Nacional de Higiene y Alimentación, y en una etapa más avanzada de la guerra, fue nombrado por Negrín, director de Sanidad de todos los ejércitos. Constituye, sin lugar a dudas, un ejemplo más de la ciencia al servicio de la República.

Hombres que pertenecieron específicamente del mundo de las letras y las artes, como José M. Ots Capdequí, Antonio Espina y Carlos Esplá dedicaron sus creaciones historiográficas, literarias o periodísticas a la consecución de los grandes ideales del republicanismo y continuaron haciéndolo más allá de la ruptura definitiva del proyecto, incluso en el exilio.

En definitiva, la propuesta de Ángeles Egido aúna la multiplicidad de esfuerzos de todo tipo que congregó la República. Como un caleidoscopio que descompusiera y multiplicara los puntos de vista sobre los que se formó la República, a través de un puñado de protagonistas, *Republicanos en la memoria* bucea en la complejidad de las diversas realidades que compusieron la Segunda República española: la política, la ciencia, la cultura, el Ejército, las artes... En todos los campos quedan aún singulares figuras por descubrir y por reinterpretar. Figuras que, como estos dieciséis personajes, conocieron desde diversos terrenos de la vida pública el significado que tuvo, en la década de los años treinta y para el resto de sus vidas, ser un republicano de izquierdas.

Manuela Aroca Mohedano